

Baryshnikov, el bailarín perfecto

Nadia Jiménez Castro

El bailarín perfecto, Mikhail Baryshnikov (1948, Riga, capital de Letonia), como en su día lo definiera el crítico Clive Barnes, fue insuperable en el clásico por su virtuosismo vestido de sublime sencillez, desprovista de ese aire circense que algunos acróbatas en zapatillas se empeñan aún en otorgar a la danza, y brilló siempre por la naturalidad con la que las piruetas parecían ser una prolongación del movimiento de su propio cuerpo. Se convirtió en la mayor contribución a la evolución del ballet hecha por el último maestro de la entonces Leningrado (hoy, San Petersburgo), Alexander Pushkin, el profesor más venerado de la mítica escuela Vaganova del Ballet Kirov, que, a decir del propio Baryshnikov, propició con su pedagogía un viraje de la danza y formó a "bailarines pensantes".

Bailarines pensantes, una actitud aprendida que incita al intérprete a medir sus condiciones físicas y explorar en el arte del cuerpo, la misma que llevó al propio Mikhail, ante la prohibición impuesta por el gobierno de su país de actuar en compañías extranjeras de contemporáneo, y pese a haber sido solista del Ballet Kirov con sólo 18 años, a desaparecer en Toronto un 29 de junio de 1974 durante una gira de esta compañía por Canadá, solicitando asilo político días más tarde.

Ese mismo año se unió al American Ballet Theater, compañía que más tarde, ya en la década de los ochenta, dirigiría durante nueve años, estrenando papeles

creados para él con coreografías de Twyla Tharp, John Neumeier o Jerome Robbins, entre otros. Bajo la supervisión de éste último bailó junto a la gran Natalia Makarova *Other Dances*, estrenada en la Gala a Beneficio de la Biblioteca de las Artes Escénicas de Nueva York (1976). Fueron años trepidantes para Baryshnikov, que recibía invitaciones de todo el mundo para mostrar las habilidades que lo convirtieron en leyenda viva de la danza. Así, bailó *Don Quijote* con L'Opéra de París, rol en el que la crítica internacional lo considera el mejor intérprete de la historia, o con Balanchine en el New York City Ballet, y puso su firma a montajes de nombres como Martha Graham, José Limón o Merce Cunningham.

Asimismo, se ha aventurado en otras facetas artísticas, paralelamente a su carrera como bailarín, en el cine y en el teatro, sin embargo, es en 1990 cuando Baryshnikov, siempre dispuesto a experimentar con nuevos estilos, captura por entero la atención del público y toma definitivamente las riendas de su propio movimiento, al crear, junto a Mark Morris, el White Oak Dance Project, una pequeña compañía ambulante de siete bailarines experimentados, a la que ha aportado su enorme sabiduría del repertorio clásico, aplicado a las coreografías más modernas.

Tras pasar 12 años explorando todas las espirales de la mejor danza contemporánea a través de su singular compañía, White Oak Dance Project,

que toma su nombre de la granja en la que el mítico bailarín soviético, nacionalizado estadounidense, abordó la creación y el giro que daría a su carrera, afronta ahora el redescubrimiento de los coreógrafos americanos de los años 60, llamados malditos por algunos.

Baryshnikov recupera los productos más arriesgados de aquella época y hace de la danza algo cercano a la vida real, rescata a Trisha Brown, Lucinda Childs, Simone Forti, David Gordon o Ivonne Rainer, entre otros, supervivientes de esa generación, de "ese colectivo que representaba las raíces de la mejor danza que se ve hoy en día", en palabras del propio Mikhail.

Baryshnikov, bailarín, coreógrafo, actor y director de ballet, aquel que cubriera la casi totalidad de los títulos clásicos y recibiera una larga lista de galardones, entre los que destaca el Premio Nijinsky de la Academia de la Danza de París, considerado por algunos como el mejor del siglo, quizás no baile hoy, a sus 54 años, como lo hacía antes. Pero, amén de que sigue en una buena forma física incuestionable, atrapa con el solo ejercicio de su cuerpo las pupilas de cuantos lo observan, y en un escenario, ya fuera lleno o vacío, con música o sin ella, nadie dudaría en intentar detener su movimiento, presos de la agilidad de sus pies o quizás de la fuerza de su alma.

White Oak Dance Project, una idea que funciona como el primer día gracias a una mirada que cautiva, la de Mikhail Baryshnikov.